



Jeromin

AÑO II

Revista para los jóvenes

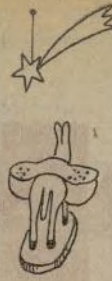
MADRID

NUM. 61



EL CINE DE Jeromin

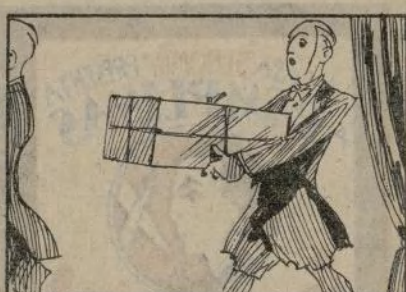




—Pues habéis de saber, hijos míos, que vuestro hermanito Angel ha gastado todo su dinero en... en socorrer a un pobre anciano que tenía un nietecito enfermo, y no contaba con más recursos que el auxilio de las buenas almas, como la de vuestro hermano menor. Yo me enteré de esto desde un principio, porque el anciano en cuestión, que ha demostrado ser una persona de claro entendimiento, vino a darme cuenta de lo que ocurría, temeroso de que Angelito hubiese ido más allá de lo que su buen corazón le dictaba. «Guarde usted ese dinero—le dije yo—y siga acudiendo todos los domingos, según mi hijo le ha manifestado; quiero

ver si persiste en sus nobles propósitos.» El anciano cumplió mis instrucciones; Angelito perseveró en la obra de caridad que se había impuesto, y gracias a él y a lo que yo, por mi parte, he contribuido, el enfermito ha recobrado la salud, y él y su abuelito tienen hoy con qué alimentarse. Esto no puede ser más hermoso: yo me complazco, hijos míos, en alabar la conducta de Angel y os excito a que la imitéis siempre que para ello se os presente la ocasión.» Angel se arrojó en los brazos de su padre, que le besó repetidas veces, pasando después a los de sus hermanos, que daban visibles muestras de hallarse muy conmovidos. Pasados aque-

llos transportes de ternura, don Anselmo, aunque violentándose mucho, se expresó de este modo, dirigiéndose a Angel: —Pero como no hay dicha en este mundo que no traiga aparejado algún sinsabor, debo manifestarte que, así como aplaudo con toda mi alma tus caritativos sentimientos, no puedo menos de hallar muy reprehensible el secreto que conmigo has guardado en un asunto que sólo tendía a enaltecerte. Pues si esto has hecho cuando no tenías necesidad de ello, ¿qué harías si por desgracia llegaras a cometer una falta por ligera que fuese?» Angel bajó los ojos atra vez, y sus sonrosadas mejillas adquirieron los tonos del carmín



más vivo. —No es mi ánimo entristecerte —prosiguió don Anselmo— sino que reconozcas que has hecho mal. Los hijos buenos como tú no deben ocultar nada a un padre como yo, que tanto os quiere y sólo por vosotros y para vosotros vive. Y así como la justicia me aconseja premiar tus bellos sentimientos, así también exige que no deje sin algún castigo tu injustificada reserva para conmigo. Ambas cosas tendrán efecto dentro de dos días, en que, según lo convenido, celebraremos la Natividad de Nuestro Señor. Por lo pronto, con lo reunido en las huchas de Luis y de Alberto, más una cantidad igual que yo añadiré,

compraremos un magnífico nacimiento, con muchas y muy variadas figuras. Además, os preparó una sorpresa por todo extremo agradable, y con esto queda terminada por ahora nuestra conferencia. Mucho dió que pensar a los niños el discurso de su padre. Alberto y Luis se disgustaron con el anuncio de que Angel iba a ser castigado, y éste sufría además el remordimiento de haber ocultado la verdad a su padre. Algo atenuaron, sin embargo, aquel malestar, los preparativos para la fiesta; la compra del nacimiento y de las figuras, su colocación en una pieza a propósito en el piso alto de la casa, y los mil detalles que a cada paso se ofrecían hasta de-

jarlo todo terminado. Llegó, pues, el suspirado momento de encender los candelabros y las arañas que al nacimiento debían prestar mayor esplendor, operación que los niños llevaron a cabo con cierta satisfacción mezclada de zozobra. Se acercaba el instante en que debían realizarse el premio y el castigo a que Angel se había hecho acreedor. Como don Anselmo estaba aún más impaciente que sus hijos por disipar la nube que empañaba el cielo de su alegría, apareció en la estancia en cuanto estuvieron encendidas todas las luces. —Hijos míos, según os dije, hoy es el día en que Angel debe recibir el premio de su generoso comportamiento, y



ninguno creo más apropiado que la satisfacción que sin duda ha de producirle el pasar la Nochebuena en compañía del tierno niño a quien por permisión divina su tierna caridad ha arrancado de las garras de la muerte. Así diciendo, levantó el portier que cubría la puerta por donde él mismo acababa de entrar, apareciendo en el umbral el viejecito a quien Angel había socorrido, trayendo de la mano a su nieto, precioso niño de seis años, ya completamente restablecido. Aquello fué una explosión de sentimientos imposible de describir. Los niños se abrazaban y se besaban unos a otros, locos, frené-

ticos de alegría, radiantes de felicidad, mezclando las dulces lágrimas que de sus ojos corrían a torrentes. Don Anselmo recibió también en sus brazos al pobre anciano, que no sabiendo cómo demostrarle su gratitud, pugnaba por arrojarse a sus pies. Calmados un tanto los ánimos, don Anselmo hizo saber a sus hijos que desde aquel día el anciano y el niño Enrique se instalarían en la casa para formar todos una misma familia. Nuevas demostraciones de júbilo acogieron la noticia. Después, el mayor de los niños, Luis, encontró medio de decir a su padre que para solemnizar más aun tan fausto día,

le rogaba perdonase a Angel y no le impusiese castigo alguno, como tenía pensado. —Ya le ha recibido y le ha soportado con resignación. Todos se miraron con extrañeza. —Sí, hijos míos, bastante castigo ha sido, para un alma tan tierna como la suya, el dolor de haber disgustado a su padre por tenerle oculta la verdad. Ya está redimido y perdonado antes de estar redimido, porque los padres son todo perdón y amor! Y aquella fué la primera noche feliz que disfrutaron los niños después de la pérdida de su querida madre.





SAN JOSE ABOGADO DE LOS MORIBUNDOS

Muchos ejemplos pudiéramos citar de la singular protección de San José a sus devotos en la hora de la muerte; pero no se circunscribe su protección a las necesidades del propio devoto, sino que también se extiende, por mediación de éste, a otras personas. En Mahón, un sujeto de conducta poco edificante y escritor antirreligioso, enfermó de gravedad, sin dar muestras de arrepentimiento y mucho menos de querer recibir los Santos Sacramentos. Algunos socios josefinos, conocedores del caso, dirigieron a San José fervorosas súplicas, pidiéndole por aquel desgraciado, y ocurrió que, después de tales súplicas, a la menor indicación que le hizo un sacerdote al enfermo consintió éste en recibir los auxilios espirituales, previa una retractación sincera de cuanto había escrito en contra de la religión



LA PELOTA CORRETONA

Es éste un juego muy fácil y entretenido, pudiendo tomar parte en él niños y niñas en número crecido: diez, veinte o más.

Los jugadores, distantes unos de otros dos o tres metros, forman corro; uno de ellos, elegido por suerte, coge la pelota y se la manda al que tiene a su derecha, y éste al otro siguiente, etcétera, hasta que la pelota llega al primero que la lanzó. Seguidamente se hace igual, pero en sentido contrario, esto es, empezando por la izquierda. Si algún jugador deja caer la pelota paga prenda, y si la deja caer más de dos veces, se le fusila, esto es, queda expulsado del juego. Como veremos en el próximo número, «La pelota corretona» tiene otras variedades, que se ejecutan seguidamente a las descritas.

JUEGOS DE NIÑOS



CASCANUECES

Con mucha frecuencia habréis visto, con admiración, cascar las nueces poniendo los dedos de una mano encima de ella y golpeando con el puño de la otra.

Habréis, tal vez, tratado de hacerlo vosotros, sin lograr romper la nuez y haciéndoos daño en los dedos.

Voy a descubrirlos el secreto de realizar fácilmente, sin daño alguno, tal prodigio: es muy sencillo; para que la nuez se rompa fácilmente, sin que los dedos sufran daño, basta colocar la nuez en el aire, esto es un poco separada del tablero de la mesa en que hagáis la operación. De esta forma, al dar el golpe, éste lo recibe la nuez por la parte de abajo, o sea, de la que mira al tablero, llegando a los dedos muy amortiguado, por la rotura de la nuez. Con ese procedimiento, no sólo nueces, piedras muy duras se pueden romper a puñetazos. Haced la prueba y lo veréis.

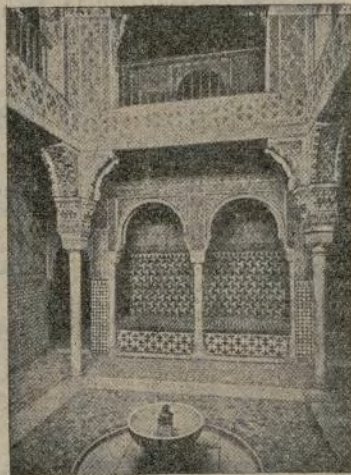
RECREOS CIENTÍFICOS

ESPARA MONUMENTAL

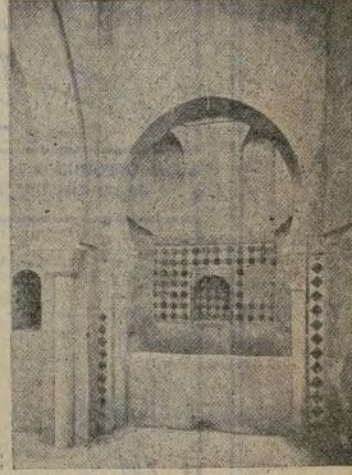


La Alhambra

Las fotografías que hoy publicamos representan, la primera, detalles del friso,

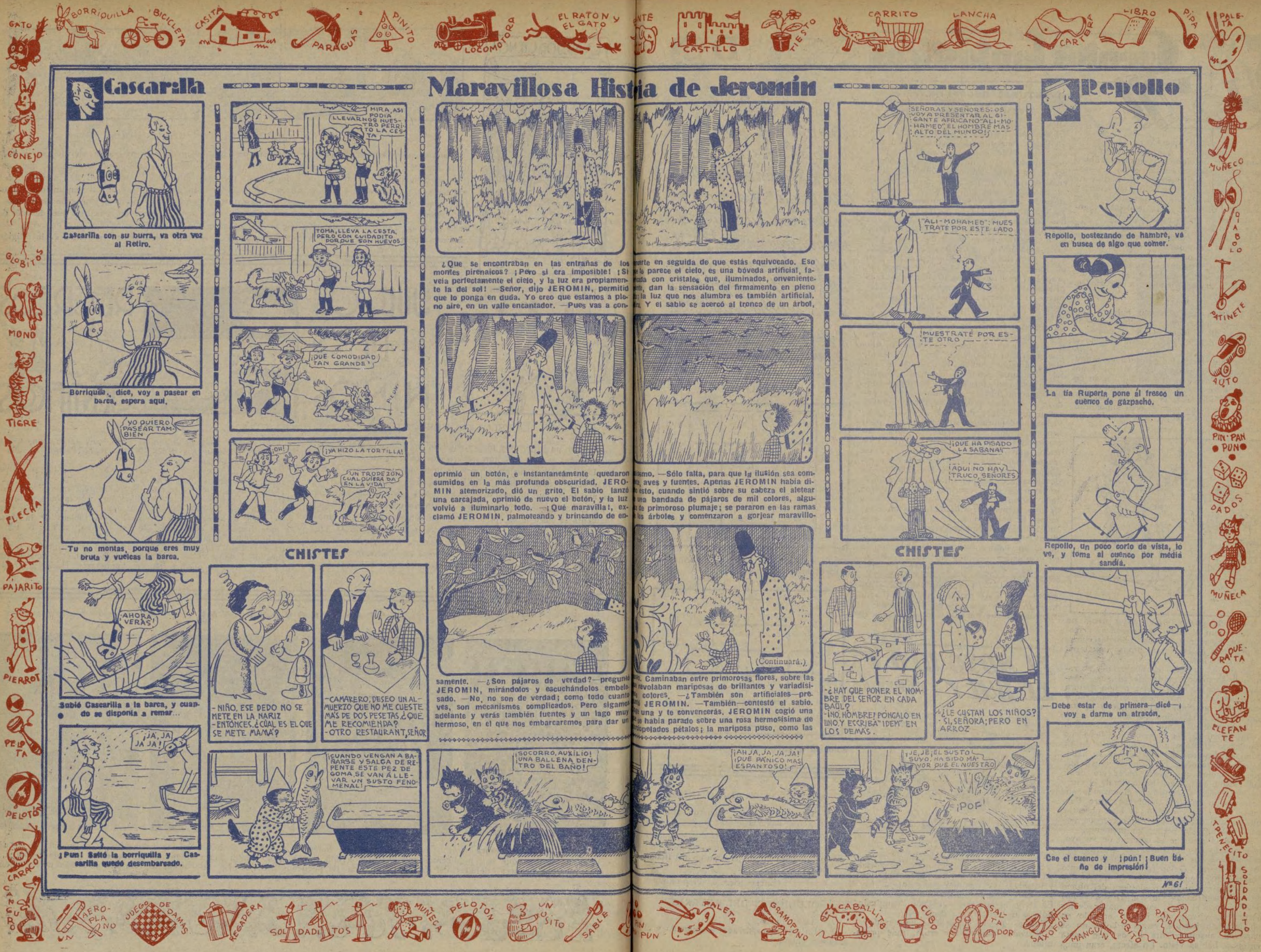


alicatado del Salón de Comares, se llama «alicatado» una combinación complicada y geométrica de pequeños azulejos. La se-



gunda fotografía, es de la sala de las Camas; la tercera, de la sala de la Barca, y la cuarta, una pila de la sala de los Baños.





Cascarilla



Cascarilla con su burra, va otra vez al Retiro.



Borriquita, dice, voy a pasear en barca, espera aquí.



Tu no montas, porque eres muy bruta y vuelcas la barca.



Sobó Cascarilla a la barca, y cuando se disponía a remar...



¡Pun! Saltó la borriquilla y Cascarilla quedó desembarcado.

CHISTES



MIRA, ASI PODIA LLEVARLOS NUESTRO PERRO A LA CASA.



TOMA, LLEVA LA CESTA, PERO CON CUIDADITO PORQUE SON HUEVOS.



¡QUE COMODIDAD TAN GRANDE!



¡OH! ¡YA HIZO LA TORTILLA!



¡UN TROPEZÓN, CUAL QUIERA QUE EN LA VIDA!



¡CUANDO VENGAN A BARRARSE Y SALGA DE REPENTE ESTE PEZ DE GOMA SE VAN A LLENAR UN SUSTO FENOMENAL!

Maravillosa Historia de Jeromin



¿Que se encontraban en las entrañas de los montes pirenaicos? ¡Pero si era imposible! ¡Si veía perfectamente el cielo, y la luz era propiamente la del sol! —Señor, dijo JEROMIN, permitid que lo ponga en duda. Yo creo que estamos a pleno aire, en un valle encantador. —Pues vas a con-



oprímio un botón, e instantáneamente quedaron sumidos en la más profunda obscuridad. JEROMIN atemorizado, dió un grito. El sabio lanzó una carcajada, oprímio de nuevo el botón, y la luz volvió a iluminarlo todo. —¡Qué maravilla!, exclamó JEROMIN, palmoteando y brincando de en-



samente. —¿Son pájaros de verdad?—preguntó JEROMIN, mirándolos y escuchándolos embobado. —No, no son de verdad; como todo cuanto ves, son mecanismos complicados. Pero sigamos adelante y verás también fuentes y un lago muy hermoso, en el que nos embarcaremos para dar un



¡SOCORRO, AUXILIO! ¡UNA BALLENA DENTRO DEL BAÑO!



parte en seguida de que estás equivocado. Eso que parece el cielo, es una bóveda artificial, formada con cristales que, iluminados, onvenientemente, dan la sensación del firmamento en pleno día; la luz que nos alumbrá es también artificial. Y el sabio se acercó al tronco de un árbol,



asmo. —Sólo falta, para que la ilusión sea completa, aves y fuentes. Apenas JEROMIN había dicho esto, cuando sintió sobre su cabeza el aletear de una bandada de pájaros de mil colores, algunos de primoroso plumaje; se pararon en las ramas de los árboles y comenzaron a gorjear maravillo-



mente. Caminaban entre primorosas flores, sobre las que revolaban mariposas de brillantes y variadísimos colores. —¿También son artificiales—preguntó JEROMIN. —También—contestó el sabio. —Una y te convencerás. JEROMIN cogió una rosa que había parado sobre una rosa hermosísima de colorados pétalos; la mariposa puso, como las



¡AH JA, JA, JA JA! ¡QUE PÁNICO MÁS ESPANTOSO!

CHISTES



SEÑORAS Y SEÑORES: OS VOY A PRESENTAR AL GIGANTE AFRICANO "ALI-MOHAMED", EL HOMBRE MÁS ALTO DEL MUNDO.



"ALI-MOHAMED": MUES TRÁTE POR ESTE LADO.



¡MUESTRÁTE POR ESTE OTRO!



¡QUE HA PASADO LA SABANA!

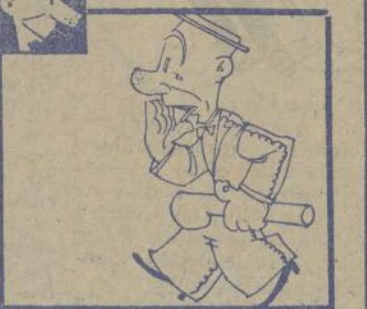


¿HAY QUE PONER EL NOMBRE DEL SEÑOR EN CADA BALD?



¡NO, HOMBRE! PONGALO EN UNO Y ESCRIBA "IDEM" EN LOS DEMÁS.

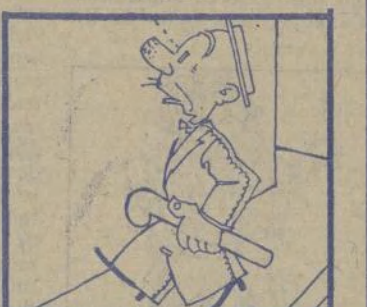
Repollo



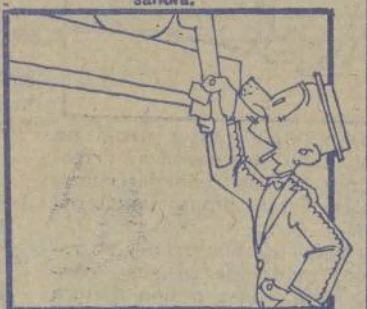
Repollo, bostezando de hambre, va en busca de algo que comer.



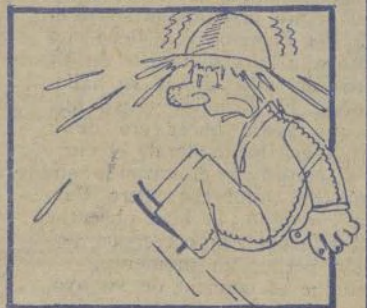
La tía Rupertá pone al fresco un cuenco de gazpacho.



Repollo, un poco corto de vista, lo ve, y toma al cuenco por media sandía.



Debe estar de primera—dice— voy a darme un atracón.



Cae el cuenco y ¡pún! ¡Buen báño de impresión!



Cuentos fantásticos

AVENTURAS DEL PRINCIPE
FRANCHIPANA

(Continuación.)

Terco, lo mismo que un aragonés, y asustado de la inmensa responsabilidad suspendida sobre su cabeza como la espada de Damocles, Pastelón no perdía de vista un momento al Príncipe, su señor, y se guardaba muy bien de permitirle hacer su primera voluntad. Pero le dejaba siempre en libertad de hacer la segunda.

Así, cuando el príncipe Franchipana, a la edad de siete años, quiso comerse un tarro entero de riquísimo cabello de angel, Pastelón se opuso enérgicamente; pero cuando en seguida el Príncipe se untó la cara con betún de botas, el mayordomo le dejó hacer, riéndose a carcajadas.

III

Es evidente que Pastelón hubiera sido la perla de los criados si hubiese podido penetrarse de la idea de que el exceso es siempre un defecto, aun siendo de celo el exceso.

Felizmente, hasta los veinte años ninguna desgracia le ocurrió al Príncipe Franchipana, y Pastelón, que atribuía a su celo esta feliz circunstancia, adquirió una grande consideración en la corte del Rey Turrón, que como mis lectores supondrán, no tenía absolutamente nada de lo de Salomón.



Sin embargo, el viejo pastor brujo no se dormía ni olvidaba su venganza, y frotándose las manos con un rallo de cocina, se prometía obtener muy pronto una terrible satisfacción.

Un día, el Príncipe Franchipana y su escudero Pastelón, montados en sus avestruces de caza, dirigieron a una llanura para lanzar sus halcones sobre los patos que había en abundancia y que le gustaban mucho a la Reina Tarta.

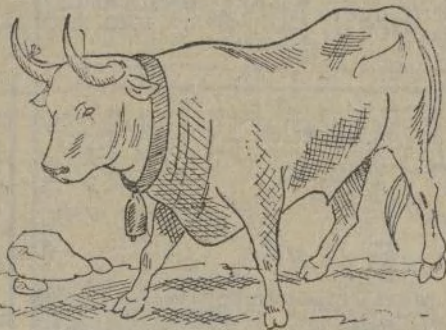
De pronto, el viento arrebató el sombrero de la cabeza del Príncipe y le llevó con rapidez vertiginosa a una distancia de algunos kilómetros del sitio donde se hallaban los cazadores. El Príncipe creyó que que lo mejor que podía hacer era dejar que el sombrero fuera hasta donde el viento lo llevara, y continuar él cazando sin preocuparse más del sombrero; pero Pastelón, fiel a la consigna, le hizo observar que lo que debía hacer era correr en pos del sombrero sin perder un momento.

Siguió el príncipe el consejo de su ayo, y poniendo las monturas al galope, lanzaron los dos en seguimiento del maldito sombrero. Galoparon durante tanto tiempo, que llegó la noche sin que pudieran encontrar ni rastro siquiera del objeto de su desenfrenada carrera. Desesperados, detuvieron al fin, y con la mayor de las sorpresas, vieron que habían entrado en un inmenso bosque, cuyos árboles no se parecían absolutamente a los que hasta entonces habían visto. En efecto, eran unos

árboles que parecían gigantes con brazos y piernas cubiertos de corteza y con manos y pies de hojarasca. Completamente desalentados el Príncipe y su escudero, discurren sobre su comprometida situación sentados al pie de aquellos árboles extraños, que lanzaban largos y profundos suspiros moviendo sus enormes cabezas. Ya era bien entrada la noche y las estrellas comenzaban a mirar a la tierra con sus ojos de diamante. El Príncipe propuso a su ayo y escudero pasar las horas, hasta la madrugada, tendidos sobre el musgo, y por la mananita regresar a palacio; pero el bueno de Pastelón dijo que semejante propósito era un desatino, y mucho más prudente y acertado emprender seguidamente el regreso. El Príncipe no tuvo más remedio que ceder, y Príncipe y escudero, llevando de la brida a sus avestruces, se dirigieron a la ventura en demanda del camino, internándose en el bosque. Después de tres horas de marcha, Pastelón dijo que no podía más, y se tiró en el suelo, completamente rendido. El Príncipe le imitó, y en aquel punto el heredero de la corona y su ayo sintieron un hambre formidable; como habían pensado volver a palacio a la hora precisa de cenar, no llevaron provisiones de boca, y esta improvisación la deploraban sus estómagos, poco acostumbrados, ciertamente, a tales contrariedades. Era la primera vez que Pastelón, quien, como se ha dicho, era un tragón insaciable, había incurrido en negligencia tan grave. Para complemento de desdichas, el bosque estaba completamente lleno de loros enormes, que estuvieron toda la noche sobre las ramas charlando de una manera desaforada. Parecían diputados. El infortunado Pastelón, y el mismo Príncipe, aunque más prudente, no podían menos de darse a los diablos, oyendo a los habladores pajarracos conversar en esta guisa: —¿Has comido?... —Sí, sí, sí. —¿Y qué has comido, lorito?... —Asado de rey. —Lorito real, ¿has cenado?... —Sí, sí, sí. —¿Y qué has cenado?... —Anas de rey. Este nuevo suplicio de Tántalo duró hasta que fué de día. Apenas el rubicundo Febo hubo lanzado sus rayos de

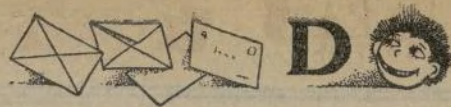
(Continuará.)

EL MOSQUITO Y EL BUEY = FÁBULA



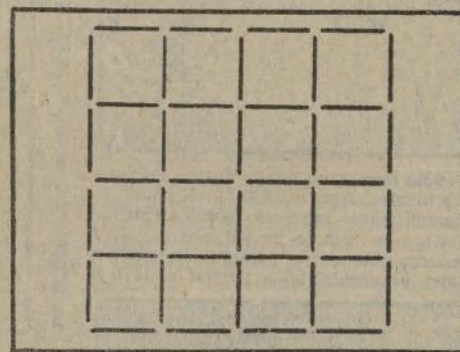
Sobre el cuerno de un buey iba posado un mosquito muy ruín; pero muy tieso, y le dijo: «Te veo algo cansado: ¿es qué yo te fatigo con mi peso?» El buey le contestó: «¡Bicho menguado! Sólo a ti te ocurriera decir eso. ¿Piensas que ni siquiera te he sentido?» «Cuanto más ruín el ruín, más presumido».

Ayuntamiento de Madrid

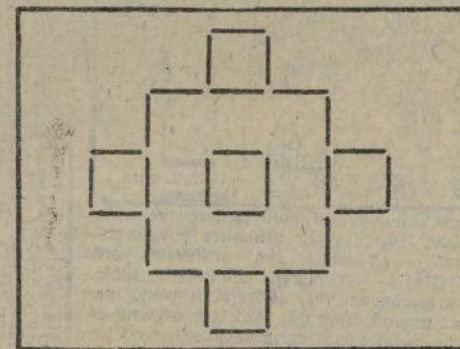


Queri 2 Los
a D + D ser un berm
to de y ciu
son D gran DD beneficios.
Ellos purifi el A y RE, nos
regalan con sus y dan
sombra, regulan Y
producen para
y Los deben A
mucho a los
y ja + LOS NAR. Os abra-
za vuestro siempre Jeronim

PROBLEMA



Quitar diez y seis líneas de forma que queden dos cuadrados iguales.



Solución al problema del número anterior.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

- 1.º Si todos los peces echarán una carrera: ¿cuál llegaría el último?
- 2.º Cuatro sílabas soy; dos negaciones; con dos notas de música me forman; un nombre de mujer sale en mi (toda) lectores y lectoras.

(La solución en el próximo.)

SOLUCIONES DEL ANTERIOR

- 1.º Las chispas.
- 2.º En que el espárrago es chupado y el usurero chupa.

Hoy, amiguitos de JEROMIN, comenzamos la historia de un hombre verdaderamente extraordinario, tanto, que la fantasía de los poetas casi le ha elevado a la categoría de héroe mitológico, entremezclando con sus hazañas reales otras que son pura leyenda. Me refiero a Don Rodrigo Díaz de Vivar, más conocido por el Cid Campeador. Este héroe de nuestra gloriosa España, madre de tantos hombres grandes, fué el prototipo del hombre castellano en la Edad Media, esto es, noble, valiente, altivo, leal y sufrido. Nació en el pueblo de Vivar, cerca de Burgos, el año 1026, de padres nobles. Desde muchacho comenzó a dar muestras de un valor extraordinario. Cuentan, sin que nosotros nos metamos a juzgar sobre si el cuento sea historia o leyenda, que su padre, ya anciano, recibió una afrenta del Conde de Gormaz, señor muy poderoso y aun pariente del Rey de Castilla y León. Entonces los caballeros eran muy sensibles a cualquier cosa que pudiera disminuir en algo su honor, y el pobre anciano, que por sus achaques, no podía vengar la afrenta sufrida, se consumía de tristeza, negándose a probar los manjares que le servían de alimento. Rodrigo, jovenzuelo por entonces, al ver a su padre tan decaído y afligido, enterado de la causa, montó en su caballo, y yendo al castillo del ofensor de su padre le retó a mortal desafío. Dióle muerte, le cortó la cabeza y corrió a presentarla a su padre, diciendo: —Aquí tenéis la hierba que ha de devolveros el apetito; la lengua que os insultó ya no habla, y la mano que os afrentó ya no se mueve. El anciano, conmovido por el amor filial, y orgulloso del valor que aquello revelaba en su hijo, le hizo sentar en la cabecera de la mesa diciendo:

Sigue contando la historia o leyenda, que la hija del conde, hermosa doncella llamada Jimena, se enamoró del matador de su padre, y marchando a la Corte de León, le pidió de rodillas al rey por esposo. En vista de tal súplica, perdonó el rey a Rodrigo y le entregó por esposa a Jimena.

Pero el joven caballero, para purificarse ante su esposa, de la muerte dada a su padre, juró no conocerla como tal hasta que hubiere ganado cinco batallas campales. Montó en su caballo y acompañado de un puñado de valientes castellanos, se metió por tierra mora y, en otras tantas batallas, hizo prisioneros a cinco reyes musulmanes.

Histórico o no lo que acabamos de referir, lo cierto es que Rodrigo Díaz de Vivara, desde muy niño dió muestras de gran bravura. Siendo adolescente conquistó el sobrenombre de «Campeador» en un singular combate que sostuvo, venciendo-le, con un caballero navarro.

Pero donde realmente comenzó a darse a conocer fué al servicio del rey Don Sancho el Fuerte, en pugna contra sus hermanos, entre los que su padre Fernando I habíabn dividido, al morir, el reino de León y Castilla. Por consejo del joven Rodrigo, ya conocido por el Cid Campeador, alcanzó Don Sancho la victoria sobre su hermano Alfonso, que se vió en la precisión de huir a tierra de moros.

El JEROMÍN yo me compro
por lo bonito y barato,
pues con sólo diez céntimos
hay para reír un rato.

—¿Cuál es el colmo de un barbero?
—Cortar el pelo a una cabeza de ajos.

En un huerto soleado
un Repollo ha germinado
Aunque es chico muy llorón
le consuela el biberón.

Iba a la escuela y don Curro
poníale orejas de burro.
En años iba creciendo
pero tonto seguía siendo.

Ha logrado ser famoso

a fuerza de hacer el oso.
Y goza con su bobería
toda la chiquillería.

A black and white line drawing of three potted plants. The plants are arranged in a row, with the tallest on the left, a medium one in the center, and the shortest on the right. Each plant has a thick, textured stem and several large, stylized flowers with prominent centers. The leaves are large and have a serrated or lobed edge. The plants are growing out of simple, cylindrical pots. The background is plain, and the entire illustration is enclosed within a rectangular border.

LA MAS AMENA Jeromin LA MAS INSTRUCTIVA

REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES
SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALDERÓN DE LA BARCA, 4. MADRID

• • • TELÉFONO: 18491 • • •

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES. UN EJEMPLAR, AÑO 5,20; POR PAQUETES, A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR

♦ LOS PAGOS ADELANTADOS ♦

CUPÓN
Vale para
un
solo
traba-
jo.





Dick Gray, joven inglés, que prestaba servicio de tambor en el ejército, se encontraba firme ante su jefe, mientras éste escribía en el tambor un mensaje en el que se pedía auxilio al general, pues estaban cercados por las tropas enemigas. Una vez que los escri-



bió dijo lacónicamente al muchacho: «Parte en seguida.» Inmediatamente, se echó el tambor a las espaldas, cruzó las empalizadas que rodeaban el fuerte, y al poco tiempo se perdía de vista en el espeso bosque. Pocos minutos después se encontró con un río, en



cuya orilla opuesta se encontraba la posición que buscaba. Apenas había recorrido unos cuantos metros en busca de un puente por donde atravesar el río, vio a algunos indígenas de Guayana, contra los cuales estaba en guerra Inglaterra. Lo único que le dio tiempo



a hacer fué tirarse a tierra, creyendo que no había sido visto; pero se equivocó, pues los indígenas le vieron y con grandes gritos y alaridos emprendieron su persecución. No encontrando otra salvación, Dick se levantó de un brinco, se lanzó al agua, y, bien suje-



to al tambor, nadaba hacia la orilla opuesta, perseguido por los enemigos. Gracias al tambor, que se mantenía a flote, el valiente muchacho pudo sacarles ventaja y llegar a la orilla mucho antes que sus perseguidores. Con mucha fatiga saltó a tierra y se dispuso a atra-



vesar el bosque que le separaba del campamento de sus compatriotas. Pero la distancia era bastante grande y el camino muy penoso por la frondosidad del bosque. De aquí la alegría que Dick experimentó al hallarse, después de una larga caminata, a la vista del cam-



pamento. Hasta entonces no le faltaron fuerzas; pero en el preciso momento en que uno de los soldados que le había visto venir salió a su encuentro, el valiente muchacho sufrió un mareo, balbuceando que llamaran al general, pues traía para él un importantísimo mensaje. Los soldados lleva-



ron al campamento a Dick, esperaron que volviera en sí, y, una vez repuesto, fué conducido a presencia del general, quien, después de leer el mensaje, saludó efusivamente al muchacho, diciéndole: «El ejército inglés nunca podrá olvidar tu heroica acción.» Acto seguido, un gran número de solda-



dos se ponía en camino, para socorrer la guarnición sitiada. Dick guió a los soldados a través del bosque, teniendo la satisfacción de ver pocos instantes después cómo los enemigos, ante el ejército que contra ellos iba, huían cobardemente.

QUISO HACER UNA TRASTADA Y LA HIZO EN SU PROPIA CARA



ESTE ENDIABLADO CHIQUILLO, QUISO HACER UNA MALA JUGADA. PARA LO CUAL



METIÓ EL RABO DEL GATO EN EL TINTERO, PARA QUE MANCHASE A LA VIE



JA CRIADA CUANDO LLEGASE DE LA COMPRA. PERO AL PONER LA CORDI-



LLA SOBRE LA MESA SE VOLVIÓ CON RAPIDEZ EL GATO Y, LE PUSO NEGRO